

Pensar la muerte

Autor: Vladimir Jankélévitch

*Editorial: Fondo de Cultura Económico, 2004.
131 pags.*

Dr. Hernán Villarino

Este breve texto está compuesto de cuatro entrevistas realizadas al autor en distintos periodos de su vida; no es, por ende, una reflexión sistemática, está gobernada, como cualquier otra entrevista, por lo accidental y lo fortuito, por aquello que el entrevistador entiende, no entiende o malentiende y pone de manifiesto con sus réplicas y deseos de profundizar. Frente a casi cualquier entrevista el lector desprejuiciado siente que no se hizo la pregunta que uno mismo hubiera querido hacer, o que no se redondeó en alguna afirmación que nos parece esencial pero incompleta.

Sin embargo, cabe preguntarse si estas matizaciones previas, que nos parecen evidentes y no necesitadas de mayor prueba, siguen valiendo cuando el tema es la muerte. Por lo pronto, aunque el título del texto sea *Pensar la Muerte*, la primera afirmación del autor es que la muerte es impensable. El título, entonces, puede parecer una estrategia comercial para captar lectores, un señuelo para los incautos de que allí habrán de encontrar una respuesta a este asunto, meditado fondo por un filósofo algo atípico, sin dudas, pero realmente destacado y digno de ser oído.

La muerte, ¿es pensable realmente? Si entendemos por pensar la atribución de predicados a un ente evidentemente es impensable, porque la muerte es nada, y como la nada no tiene atributos, no admite ningún predicado. No podemos decir que sea grande o chica, roja o verde, dolorosa o insensible, porque esos predicados son de las cosas que son, y no de la nada ni de lo que es nada. Es indudable que sobre la muerte no se puede

decir nada objetivamente, y como tendemos a creer que es la objetividad el asiento del pensar, la muerte es efectivamente impensable.

Debemos recordar, además, que para Heidegger, los hombres regularmente ponen la muerte en algún momento indeterminado e indeterminable del futuro. Moriré, pero algún día; la muerte llegará cuando menos la espere, de modo que ahora no tengo que pensar en ella, es más, nunca lo haré y entonces viviré tranquilo. O sea, no sólo es que no podamos pensarla, sino que tampoco queremos hacerlo.

Empero, no por eso es tan fácil despachar este asunto, porque la muerte va entretrejida con la vida. Todo lo que hacemos, incluso comentar un libro, lo hacemos sobre el trasfondo de la muerte, porque de no ser mortales no precisaríamos hacer nada, y efectivamente no lo haríamos, nos pasaríamos acostados en una interminable vagancia carente de sentido. Un cuento de Borges ejemplifica, justamente, esta condición de la vida cuando alcanza la inmortalidad. La muerte objetivamente es nada, pero existencialmente, en cambio, es todo. Sin ella, la vida, tal como la conocemos, sería imposible.

Por eso, la muerte es el objeto predilecto del pensar cuando el pensamiento no se entiende sólo como mera ejecución lógica, sino como manifestación de la existencia. Allí, en la existencia, lo paradójico, lo antinómico, lo irrepresentable son justamente la sustancia pensada y el motor del pensar, pero porque son vividos. Mentar la muerte, o mejor dicho, el morir, aquello que nos ocurrirá a cada uno en su momento, lo que viene hacia nosotros y hacia lo que nosotros vamos en cada instante de la vida, es abrir el horizonte en virtud del cual la vida tiene o puede tener sentido. El magnífico texto de Jankélévitch, donde se discute también los temas del suicidio y la eutanasia, apunta, creemos, en esta dirección.